

CARTA DE SANABRIA: EL DOCUMENTAL QUE NUNCA EXISTIÓ

POR EDUARDO DUCAY

EDUARDO DUCAY fué cofundador, en 1945, del Cineclub de Zaragoza. En Madrid estudió Dirección en el IIEC y tuvo una intensa actividad como crítico y ensayista (*Índice, Insula, Otro Cine, Bianco e Nero, Texas Quarterly, Radio Nacional de España*), habiendo sido uno de los fundadores de *Objetivo*. Fué una de las firmas convocantes a las *Primeras Conversaciones Cinematográficas* de Salamanca, para las que preparó dos ponencias. Ha trabajado en la industria cinematográfica en diversos menesteres, decantándose finalmente por el campo de la producción. Entre los films por él producidos podemos citar *Los chicos*, de Marco Ferreri; *Tiempo de Amor*, de Julios Diamante; *Tristana*, de Luis Buñuel; *Padre Nuestro*, de Francisco Regueiro; *El bosque animado* de José Luis Cuerda, y la serie de televisión *La Regenta*, que dirigió Fernando Méndez Leite.

En el año 1954 surgió la posibilidad de realizar un film documental sobre las obras que estaba llevando a cabo Hidroeléctrica de Moncabril en la comarca de Sanabria (Zamora); un sistema de embalses en la Sierra Segundera, que alimentarían una central eléctrica de generación hidráulica, y que supondría una inversión importante y fuente de seguros beneficios una vez terminada.

El asunto quedó en manos de Juan Julio Baena, que había terminado recientemente sus estudios de Director de Fotografía en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, y en las mías propias, que habría de encargarme del guión y la realización. La financiación de la película correría a cargo de Hidroeléctrica de Moncabril.

A finales de año estaban resueltos los aspectos contractuales, y teníamos vía libre para iniciar el estudio y preparación de la película. Paso previo, e imprescindible, era hacer un viaje de localización, conocer la comarca sanabresa, y muy especialmente la situación de las obras, que por entonces estaban en sus comienzos. Así fue cómo a finales de 1954 (entre el 13 y el 19 de diciembre) hicimos un viaje que habría de ser muy útil para la concepción de la película. Para tener una buena documentación visual de nuestro recorrido Baena iba equipado con una cámara fotográfica Contax y un tomavistas Paillard Bolex de 16 mm. Se recopiló una magnífica documentación fotográfica y se rodaron bastantes metros de película que —por razones que Baena debe conocer— nunca se vieron. Pero esto pertenece al terreno de la anécdota.

En aquella época, la situación del cine documental en España era muy difícil. NODO monopolizaba prácticamente el mercado con su producción oficial y de visionado obligatorio en todas las salas del país. Algunos sindicatos (verticales) encargaban films de propaganda (política) sobre sus actividades, quedando un estrecho margen para películas de empresa de tipo industrial o comercial. Por eso, esta producción que nos encomendaba Hidroeléctrica de Moncabril era una oportunidad interesante. Interesante, entre otras cosas, porque el cliente no parecía tener una idea muy clara de lo que se podía hacer, y dejaba el tema en nuestras manos sin otra exigencia que la de que sus obras aparecieran bien presentadas en la pantalla.

Aparte las informaciones de tipo geográfico e histórico, yo solo sabía de Sanabria que era una comarca que comprendía cincuenta y siete pueblos de entre 150 y 300 habitantes, de los que solo seis tenían luz eléctrica, dos telégrafo y uno teléfono. Busqué alguna documentación de tipo humano, y solamente encontré una referencia en el prólogo de San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más, de Miguel de Unamuno. Citaré estas líneas, que me causaron profunda impresión:

«En efecto, la trágica y miserabilísima aldea de Riba de Lago, a la orilla de San Martín de Castañeda, agoniza y cabe decir que está muriendo. Es de una desolación tan grande como la de las alquerías ya famosas de Las Hurdes. En aquellos pobríssimos tugurios, casuchas de armazón de madera recubierto de

adobes y barro, se hacina un pueblo al que ni le es permitido pescar las ricas truchas que abundan en el lago y sobre las que una supuesta señora creía haber heredado el monopolio que tenían los monjes Bernardos de San Martín de Catañeda».



Escuela femenina de Lobeznos.

Durante el viaje escribí una especie de «Diario», con anotaciones en las que había de basarme para confeccionar el guión (dos guiones; uno, el «oficial», para pasar censura y solicitar el permiso de rodaje, y otro personal, completamente libre, sobre el que me proponía realizar la película). Este Diario cumplió su misión de plasmar recuerdos y observaciones, necesarias para la elaboración temá-

tica del film. Nunca había vuelto siquiera a releerlo, hasta que el infatigable afán investigador de Alicia Salvador, y como parte de sus indagaciones sobre la productora UNINCI, le llevó a interesarse por Carta de Sanabria, y como por el hilo se saca el ovillo —cosa en la que Alicia puede dar lecciones a cuantos se dedican a rastrear archivos— surgieron estas notas (llamarlas «Diario» es casi pretencioso), las leyó, las encontró interesantes, y me instó su publicación.

Por los años 50, los jóvenes cineastas, ya fuéramos «presuntos» o «colocados», bebíamos con avidez en las fuentes del neorrealismo italiano, admirábamos a sus hombres y a sus grandes películas, que globalmente constituyen uno de los momentos estelares del cine mundial. Pero el neorrealismo era más que las películas que iluminaban las pantallas del mundo, era todo un movimiento ideológico que trascendía las obras individualmente consideradas y nos aportaba una vivencia de libertad. Así pues, mi idea, dentro de las modestas posibilidades que iba a poder permitirme, era lanzar una mirada sobre los individuos de una geografía olvidada y ofrecer una visión no antropológica, no etnográfica, sino simplemente humana dentro de un marco social.

Empezamos el rodaje en el otoño de 1955. El equipo lo componíamos J.J. Baena, Carlos Saura y yo, como guionista y realizador. Carlos Saura, que era buen amigo de los dos, aceptó encantado unirse a esta aventura en calidad de colaborador para todo. Llevábamos una cámara Cameflex 35 mm., negativo TRI X, de alta rapidez, que Kodak acababa de introducir en el mercado, y que permitía rodar en momentos y ambientes de escasa luminosidad; un magnetofón para toma de sonido (ambientes, ruidos y testimonios verbales que irían montados en «off» sobre las imágenes), y algunos elementos de iluminación que habrían de alimentarse con baterías de coche.

El rodaje se puso en marcha teniendo que salvar todos los días dificultades, pero dentro de una relativa normalidad. El jovencísimo Carlos Saura encontró en Sanabria un venero de temas para realizar una serie de fotografías de calidad y belleza excepcionales. El sentido plástico y el instinto visual son algunas de sus grandes dotes creativas (aunque claro, yo no voy a descubrir a estas alturas a Carlos Saura). Una selección de aquellas fotos se publican acompañando estas notas. Debo decir que sus fotos no eran eso que habitualmente se conoce en la profesión cinematográfica como

fotofija, sino fotografías que él hacía con su propia cámara, según los temas que su criterio encontraba interesantes. De aquella experiencia las fotografías de Carlos es lo único que ha quedado. Porque Carta de Sanabria, el documental que estábamos realizando, nunca llegó a existir.

Sucedió que un día J.J. Baena dijo que convenía llevar todo el negativo ya impresionado a Madrid para que fuese revelado y copiado en los laboratorios, teniendo así el imprescindible control sobre la marcha del rodaje. Se fué, y volvió dos días después diciendo que habían surgido problemas. En efecto, en el negativo aparecían un sinnúmero de veladuras, correspondientes siempre al material TRI X, con el que se había rodado casi todo, que en principio inutilizaban la imagen haciéndola prácticamente inservible.

La razón de semejante fracaso era una inadecuada manipulación del negativo en la operación de cargar los chasis de la cámara. La excesiva velocidad a que se hacía girar la bobinadora en el cuarto oscuro, magnetizaba la película, haciendo que saltaran pequeñas chispas que impresionaban –y velaban– el negativo. Así, de cada seis u ocho fotogramas, unos dos se veían en blanco, y estas chispas pasaron inadvertidas para quien estaba a cargo de controlar el material.

Volvimos a Madrid. Examiné el material en visionadora y en moviola. Pero era difícil salvar un solo metro. Fue pasando el tiempo y abandoné el asunto. Mucho después supe que se había montado algo con tomas de obras, se había sonorizado y tirado copia para entregárselo a Hidroeléctrica de Moncabril. Nunca quise verlo.

* * *

Pasaron algo más de tres años. El 9 de enero de 1959 llegó la terrible noticia: 140 metros de la presa de Vega de Tera, situada en Peña Trevinca, a 1.700 metros de altitud, se habían roto, y ocho millones de metros cúbicos de agua cayeron torrencialmente sobre Ribadelago. El pueblo quedó totalmente destruido y ciento cincuenta personas –prácticamente la totalidad de sus habitantes– perecieron sepultadas en el fango o ahogadas en las aguas del vecino lago. Una información periodística dijo que «no sabían nadar».

Adiós película, adiós Inés, Celestino, Fidel, Domingo, Máximo, Casimiro, Rosina, adiós –definitivamente– a Ribadelago.

Vale la pena citar aquí los últimos versos de un poema de Unamuno, trágicos y premonitorios:

Servir de pasto a las truchas
es, aún muerto, amargo trago;
se muere Ribadelago,
orilla de nuestra luchas.

* * *

Yo no sé si todo esto tiene interés para ser leído hoy. En todo caso, hay que considerarlo como una historia antigua y pasada que, ciertamente, quizá convenga no dejar caer en el olvido. Desde luego, yo sigo pensando que para el cine documental el ser humano seguirá siendo la mejor fuente de inspiración y conocimiento.

EL DIARIO

Lunes 13 (Diciembre de 1954)

Salimos de Madrid a las 8 de la mañana. El viaje es bueno y llegamos a Zamora a la 1. Comemos allí y después nos dedicamos a visitar la ciudad y hacer fotografías. Zamora es una ciudad llena de viejas enlutadas y curas. Vamos a ver una iglesia y un barrendero nos dice que está cerrada «*porque es la fiesta de Sta. Lucía*». Después nos acercamos a un hombre con zamarra y aire miserable, cargado con un saco, que nos pregunta si somos tratantes. Hablo con él mientras J.J. hace algunas fotografías. Dice que aquello es feo, que no está contento de vivir allí, que la vida es dura y difícil. Explota, al parecer, un pequeño corro de tierra por el que paga 2.000 ptas. al año. «*Preferiría ser obrero*», insiste. Repite que está todo muy caro y que él no puede vivir. No es casado y vive solo.

Después bajamos hasta el Duero. Desde allí el panorama es extraordinario. El río lleva mucha agua, hace un sol tímido y un aire frío. La tierra es ocre y en la otra orilla se ve una gran línea de cipreses. Seguimos. Junto al río hay un barrio pobre, donde se ven viejas y niños. Visitamos la Catedral y la Plaza del Castillo, que con las murallas hacen un conjunto impresionante. Es una ciudad vacía y polvorienta en la que el tiempo se ha detenido.

Tomamos el tren para Puebla a las 7. El tren va despacio y frío. En el vagón hay gente que canta. Nos entra un sueño horrible. Por fin, a las 9,30, se llega. En la estación no nos espera nadie. J.J. pregunta y nadie sabe nada. Un crío de 14 años se empeña en cogernos la maleta. Le digo que pesa mucho y contesta «¡*Bueeeno!*» y carga con ella. Otro se va con él y los dos vamos a una cantina próxima, a esperar. Hace frío. Pedimos café y charlamos con los chicos, que tienen vergüenza de sentarse con nosotros y apenas hablan. Son cinco hermanos, al parecer (ellos son hermanos) y van a una escuela nocturna. Esta noche no han ido porque no sé qué le pasaba al maestro.

La cantina no tiene luz eléctrica, huele a leña quemada, con un humo que irrita los ojos. Aquello es frío y triste. Por fin, J.J. decide que nos vayamos en el coche correo, que va supercargado. En él, después de numerosas paradas, llegamos a la residencia de Hidroeléctrica de Moncabril.

Martes 14

Hemos dormido como fieras. Nos llaman a las nueve pero no nos levantamos hasta las 11. Desayunamos y bajamos a saludar al ingeniero. Ni habían anunciado nuestra llegada ni nos esperaba nadie. El ingeniero es un chico joven que parece desesperado de estar aquí.

Le pedimos un coche para empezar a trabajar, pero dice que pedirá un taxi. Nos habla un poco de la situación de la región, de la miseria material en que vive aquí la gente y su retraso en educación y civilización. En la obra, dice, arriba, hay un capataz que tiene hijos con su hermana. Hablamos de Ribadelago, el pueblo más próximo, y asegura que comparado con otros es París. En fin, ofrece su ayuda y seguridad de avisar al taxi.

Como por la mañana, ya no nos vamos a poder desplazar, decidimos visitar Ribadelago. Es una excursión interesante. Todo me recuerda algunas fotografías del

film de Buñuel en Las Hurdes. Las calles son un cenagal intransitable. Niños, mujeres y hombres gastan zapatones con suela de madera. Es un pueblo negruzco, en el que la vida debe ser triste y angustiada. Recuerdo que el ingeniero nos ha dicho que aquí no construían chimeneas en las casas. Como en Las Hurdes. Algunos niños tienen una expresión extraordinaria, a la que contribuyen las greñas y la mugre en que están envueltos. Por estas calles la luz del sol –hace una mañana luminosa– se filtra haciendo más violentos los contrastes (la oscuridad del interior de las casas) y más espeso el color del fango. El río (el Tera) pasa junto al pueblo y lo divide en dos partes. El pueblo es un buen temario para un fotógrafo.

Cruzamos al otro lado y tomamos una cerveza en el almacén. Después –a la hora de comer– nos dicen que ese almacén es del usurero del pueblo que durante la guerra se quedó con las fincas de casi todos (olvidaba «las fincas») –las «fincas» son a veces unos tres metros cuadrados– y se acostó con todas las mujeres del pueblo para cobrarse deudas. El que nos lo cuenta dice ingenuamente «No sé cómo no lo han matado después. Sería falangista».

Por la tarde sigue sin llegar el coche. A esta gente –el ingeniero– les tiene todo sin cuidado. Nos dedicamos a planear la construcción del *travelling*, hasta las cinco, hora en que por fin aparece el vehículo. Como va a hacerse pronto de noche nos limitamos a ir a San Martín de Castañeda. Es un pueblo más «estético» que Ribadelago, aunque con el mismo fango perpetuo. Aquí no hay luz, y conforme va anocheciendo se va haciendo más difícil dar un paso por las calles. Hemos cruzado unas palabras con una mujer que llevaba en brazos un niño rubio precioso, y una vieja que la acompañaba. Dicen que el buen tiempo en esta época es ya excepcional, y que hoy han podido llevar el ganado a pastar. Esto ahorra piensos. Desean la llegada de la luz eléctrica. Se alumbran con candelas. El cura va los domingos.

(Al subir a ese pueblo hemos visto el lago, de un color púrpura morado. Los chochos bajos, con la hoja seca, dan al paisaje un color ocre rojizo. El cielo era violeta. Es un panorama hermoso, pero hosco y pobre)

Muchos niños en la calle, jugando a oscuras.

Miércoles 15

Rosa no nos llama a la hora que le habíamos pedido (las 8) y perdemos el plano¹ de las 9 para subir a la sierra. Tenemos que hacerlo en otro que sale a las diez, que se retrasa una hora y con ese motivo no llegamos a la sierra hasta las 11. La subida es pesada, y atravesamos una gran capa de niebla. Sin embargo, al llegar arriba hace un sol espléndido, y desde allí se ve un espectáculo extraordinario, el valle absolutamente cubierto por una niebla que parece un auténtico mar quieto y blancuzco.

El *jeep* nos espera y salimos para empezar a ver las presas: Puente Porto, Playa, Garandones y Cárdenas. Hacemos fotos de todo, y llegamos a la chimenea central cuando es ya casi la hora de comer. El paisaje está ahora limpio de nubes, y desde allí hacemos unas fotos del panorama. Después salimos para comer en Vega de Tera. El camino es largo, y cuando llegamos vamos directamente a la cantina –tristona, sucia– donde comemos muy regularmente. Vemos las obras después, y de nuevo viajamos a Vega de Conde. Allí aún no se ha iniciado nada y nos vamos en seguida. Quedan por ver los túneles. Vemos la embocadura del que está junto a Vega de Tera, pero es difícil entrar. Nos vamos al de los Tejos, que está más avanzado. Podemos entrar allí en

1. Plano inclinado que rueda por unos rielles, que sirve para salvar el desnivel de la montaña. Sobre el mismo se sitúa una plataforma para el transporte del personal y el material. (Nota de la Redacción).

un tractor. Lo hacemos así. El techo es muy bajo. El tractor resuena de un modo impresionante, aunque los ruidos se ahogan en el techo y no tienen eco. Cruzamos unos obreros, que se apoyan junto a la pared y nos miran pasar con una cara empolvada y blanca. Al fin paramos. A lo lejos se ve una nube de polvo y trepida una perforadora a la que el capataz manda detener. Ahora resuenan unas toses secas y entrecortadas. Estamos en el final de la perforación. Los obreros (dos) están perforando la piedra para colocar barrenos. Aquel es un trabajo realmente infernal. Llevan una especie de caretas de esponja que cubren boca y nariz y que deben hacer la respiración difícil y angustiosa. Hablamos con aquella gente. Jornada de trabajo: ocho horas. Se trabajan 24 horas diarias. Longitud a perforar: 1 km. (Se gana según lo perforado, por metros). Los sueldos van de 25 a 8 ptas. por metros de perforación. Es, pues, un trabajo a destajo. Hay días que se dan mal. Los barrenos levantan poca piedra y entonces se cobra poco. Esto es sobrecogedor. Los hombres sudan, hace calor, respiran mal, tosen. A todos les acecha una silicosis, y al poco rato de estar allí yo noto que tengo la boca llena de un polvo duro de piedra, que chirría entre los dientes. Naturalmente, la tubería de renovación del aire funciona solamente a medias y así, el polvo que debía ir fuera, se lo tragan estos hombres que tienen los ojos brillantes, enrojecidos, y enmarcados por un cerco de polvo.

Salimos. Afuera hablamos con el capataz. Explica y contemporiza, fluctuando entre los obreros y la empresa. No habla con franqueza. Se adivina que estos hombres son explotados. La empresa no paga la comida, la empresa paga a destajo, la empresa....

Llegamos al plano casi de noche. Hay que esperar bastante la salida porque aguardamos un obrero enfermo que tiene que bajar. Con la espera cierra la noche, fría, muy estrellada. Llega por fin en un *jeep*. Empieza el descenso. Es largo, y por primera vez en el día siento que el frío puede penetrar hasta los huesos. Poco a poco vamos perdiendo de vista las lucecitas de la oficina de arriba, que al fin desaparecen. A derecha e izquierda vemos el paisaje del lago, los pueblos, las montañas, la Central, desde aquella altura, movidos por un cable que maneja alguien que no vemos, resulta emocionante. Llegamos por fin, a las 7,30. Rosa nos hace un poco de café.

Jueves 16

El coche viene a las 9 para llevarnos a visitar los pueblos. Salimos a las 9,30 y decidimos empezar por Vigo. Al llegar al pueblo hace ya un buen sol. Unos niños nos miran. Hacemos unas fotos y comenzamos a callejear. Es un pueblo muy extendido, menos tortuoso que Ribadelago o San Martín, de paisaje más bonito y con buen arbolado. Parece, desde luego, bastante miserable.

Al final de una calle sin salida hay unas casas bajas, de adobe, sin chimenea, con techumbre de paja. Vamos a hacer una foto a una de las casas y aparece en la puerta una mujer vieja, vestida de negro. Se ríe de la idea de que vayamos a fotografiar su casa. Le decimos –por no decir otra cosa– que es bonita. «¡Pero si está en ruinas!», contesta ella. Otra vez por decir algo, le decimos que no. Y ella insiste, gritando: «en ruinas, en ruinas». Hacemos por fin la foto y nos vamos hacia otra calle.

De repente oímos un sonsonete infantil: estamos en la escuela. Cuando nos acercamos para verla aparece el maestro que entra en ese instante. Nos mira y entablamos

conversación. Resulta primo de M.A. Proharam². Esto es una suerte. Pasamos a la escuela: es un chamizo indecente, donde hay unos 25 ó 30 niños. El maestro está muy amable. Hacemos una fotos y rodamos unos metros de película. El maestro tiene interés en que veamos su casa: «*Suban y verán en qué choza vivo*», nos dice. Nos presenta a su esposa, joven y de expresión avispada, aunque se le ve ajada por una vida dura. La casa, desde luego, es una choza: sucia, pequeña, angustiosa y ahumada. La mujer también se lamenta. Tienen razón. Es indigno que el maestro pueda vivir así. Los chicos, dice, van a la escuela cuando hace mal tiempo, aunque ahora se controla mucho a los padres y si no les envían pierden el derecho a cobrar el subsidio familiar. El maestro es locuaz, tiene ganas de hablar. Se queja de todo: del pueblo sin carretera, del pueblo sin médico, sin luz eléctrica. Quiere acompañarnos a ver al cura para que nos enseñe la iglesia, que dice es interesante. En el camino (atravesamos el campo para ir a una especie de barrio residencial) nos presenta al alcalde, que es también practicante del pueblo. Es una especie de bestia, que se queja de que hay que mejorar las cosas. Lo dejamos (J.J. le ha hecho unas fotos). El maestro nos explica luego que este alcalde es alevín de un cacique, que es quien en realidad hace y deshace allí. Este maestro parece un hombre muy simple, aunque buena persona, que está completamente acobardado por la vida. No es para menos.

Antes de ver al cura saludamos a una vieja maestra (84 años) jubilada, que lleva más de 80 años en el pueblo. Es un tipo pintoresco y extraordinario, llena de energía y vitalidad, ágil y ordenancista. Pasamos a su casa (limpísima, buena casa) que nos ofrece con la más extremada fórmula de cortesía ibérica. Hace repaso de su vida profesional con una exactitud impresionante. En 1908 cobraba 400 ptas. al año. De ahí fue ascendiendo hasta 4.000 ptas, en 1940, fecha en que se retiró. Tiene dos hijos y una hija. Los hijos están en Argentina. Uno de ellos se fue porque le quitó la plaza un cura por no sé qué maniobra sucia. Habla con ironía de los «ministros del Señor». Pero no hay que engañarse, es católica ferviente. En este pueblo son casi todos verdaderos fanáticos (en toda la región). Esta mujer habla de sus años. Dice que no quiere morirse. Se encuentra muy bien en este mundo. Su única preocupación, su único padecimiento físico, es la vista (padece cataratas), pero dice que quiere operarse. El maestro dice, con su habitual prudencia, que esta es la «casa de orden» del pueblo.

El cura, Don Lauro, es un bruto. Un hombre alto, bien plantado, con hablar farfalloso. Nos acompaña a la iglesia, que nos enseña con aire rutinario, sin que le importe demasiado el arte porque en eso, dice, él «es profano». Lo parece en todo, dando a la palabra profano su peor sentido. En realidad lo que más le interesa es que tomemos en su casa una copita que no aceptamos. Tenemos que ver su casa y la visita resulta interesante porque es magnífica casa, limpia, bien amueblada, donde hay lo menos seis habitaciones con buenas camas, con buenas ropas, vacías, en las que nadie duerme. Me acuerdo de la casa del maestro. Y este señor, el cura, tiene dos casas: la parroquial y ésta, que es suya particular.

Vemos luego con el maestro algunas casas del pueblo, donde hacemos fotos, tanto de interiores como de algunas mujeres. Aquí la gente es simpática, y nos vamos, muy tarde hacia Galende.

Galende es pequeño y apenas hacemos nada allí. Unas fotos, unos metros, ver unos niños preciosos. Salimos para El Puente a comer. Comemos en la Fonda Madrid, mal, pero en una original compañía: una pandilla de gitanos (diez lo menos) de la que

destacan cinco hermanos altos, cetrinos, bien plantados, con boina negra, con traje negro, con camisa negra, con bufanda negra, serios y silenciosos, que se sientan formando corros alrededor de la estufa.

Después, a Trefacio. Pero allí encontramos a Celestino Escudero, con quien ayer hicimos relación al bajar de la sierra, en el plano (el plano da tiempo para todo). Va a Pedrazales y nos ofrece su compañía. Dejamos Trefacio sin ver y nos marchamos campo a través con Escudero. La subida tiene algún repecho duro, y nos paramos un par de veces para fotografiar pastores y corderos. A la entrada del pueblo, Celestino nos presenta al alcalde, que es un labriego que saluda amablemente. Después, un pueblo pequeño, simpático, donde el tal Celestino, con su aire de hombre que «está de vuelta», su sentido del humor salpicado de cinismo, sus viajes por América, debe ser un respetable cacique (Rosa –que es de Pedralbes– nos lo confirma durante la cena).

Celestino nos enseña la cuadra de su casa, pero no la casa. Esto resulta extraño. Después nos lleva a la escuela, una escuela mejor que la de Vigo, en la que hay todavía mucho que mejorar. La maestra es bastante insulsa, y nos obsequia a J.J. y a mí con unas manzanas. Vemos también el taller donde un artesano tiene su telar, en el que J.J. hace unas fotos. Es una habitación muy pequeña, donde cabe justo el telar, con el techo bajo y unas cebollas colgadas de una viga. El dueño de este telar lleva un mandil negro, y hay allí una luz ocre casi dorada porque se tamiza a través de unas ventanas con los cristales cubiertos de fino polvo del lino, como la misma atmósfera que hay en la estancia. Aunque es ya algo tarde, entra sol, un sol de atardecer. Parece un cuadro de Rembrandt.

Al salir del pueblo vemos unas cuantas mozas, muy guapas algunas. Una, que lleva una vaca, es argentina. Su acento resulta curioso entre el dialecto del pueblo. Celestino les gasta alguna broma. Muy oficioso, insiste en acompañarnos casi otra vez hasta Trefacio. Nos cuenta un poco de historia de su vida. Volvió de Estados Unidos en 1935 porque su mujer estaba enferma de gravedad y cuando ya llegaban al pueblo, de noche, sobre una mula, la mujer se le murió. Por demorar el regreso allá, perdió la residencia, el trabajo en la fábrica Good Year, y tuvo que quedarse. «*Cuando pensaba que no podía volver –dice– se me saltaban las lágrimas*». Después empezó la guerra «*y desde entonces estamos en guerra*», dice. Y se ríe. Habla de la miseria de este pueblo, de la pobreza de los cultivos, de las pequeñísimas fincas que allí tienen todos, donde el centeno que cogen apenas da para el consumo del año. Si se piensa en el orgullo con que nos ha enseñado su estable, sus vacas, sus cerdos, resulta un poco sospechosa esta conmisericación. Pero Celestino tiene siempre en los labios una sonrisa satírica, (quizá de sátiro) con la que enmascara todo. Es difícil saber cuándo es sincero y cuando no, si es que lo es alguna vez. Llegamos ya cerca de Trefacio. Le insistimos para que no nos acompañe y él –terminada la oficiosidad– da media vuelta y se marcha sonriente.

En Trefacio se está empezando a hacer de noche. Casi no queda tiempo de ver nada ni hay gran cosa que ver. Trefacio es una excepción. Hay luz, hay telégrafo, hay taberna y hasta hemos visto un coche en un huerto. Hay también mucho barro, claro. Muchísimo. La iglesia está abierta. Entramos un momento. Está muy oscura y casi llena de gente. Al fondo, ante el altar mayor, se ve que celebran una ceremonia. Se oye el llanto de un niño pequeño. «*Vamos, –le digo a J.J.–, es un bautizo*». Buscamos al

chofer y cuando vamos a tocar el claxon sale de la taberna. «*Creíamos que estaba en el bautizo*», le digo bromeando. «*No es un bautizo –responde–. Es un entierro*». Dejamos Trefacio. Queremos ir al Parador de Turismo de Puebla Sanabria a tomar un té completo. Estamos llenos de barro, de pueblos tristes, de miseria, pobreza, melancolía. Todavía el chófer se empeña en llevarnos a otro sitio, a un horrible hostel competidor del Parador, que está helado y decorado con tipismo sanabrés, o sea, con un gusto infame. Volvemos al Parador. Allí, J.J. se da cuenta de que la Contax tiene una seria avería. Tomamos nuestro té disgustados por el accidente. Volvemos a Moncabril llevando en nuestro coche un ingeniero del I.C.A.I.

Viernes 17

Salimos algo retrasados a iniciar nuestro viaje de hoy. El chófer ha ido antes a Calabor, para traer una cámara Agfa que emplearemos hoy con pretexto de posible compra. Tenemos que hacer un cambio en la ruta para evitar la pretensión de un grupo de seis personas, que pretende metérsenos en el coche, y salimos por fin hacia San Martín de Castañeda. Hace un día espléndido, y en cuanto llegamos a San Martín nos dirigimos a la escuela para hablar con el maestro hacia quien nos orientó el maestro de Vigo. La escuela de niños de este pueblo está ligeramente mejor acondicionada que la de Vigo, pero es también una pura improvisación. El maestro es un chico muy joven, que lleva allí un año, y que al principio está muy tímido. Le pedimos que nos encamine hacia la escuela de niñas y viene enseguida muy gustoso, porque la maestra es su novia. La escuela de niñas está instalada en un barracón de albañilería que se construyó para preventivo del Frente de Juventudes. Tiene flechas pintadas por todas partes pero es más aireado –también más frío– que el local destinado al otro sexo. La maestra es muy jovencilla y al principio está también algo avergonzada. Tiene 20 o 25 niñas, algunas preciosas. Rodamos unos metros, sin que la maestra quiera aparecer ante la cámara porque dice que no va bien arreglada. Sin embargo, se suelta en seguida, y resulta simpatiquísima, ocurrente y agradable.

Vamos con los dos a ver la iglesia. La iglesia es muy vieja, con cosas románicas, góticas, barrocas y platerescas, todo revuelto, y es una pura ruina, llena de puntales, de polvo, de piedras tiradas de cualquier forma aquí y allá. Nos metemos por todas partes, subimos al coro por una escalera inverosímil; allí hay una sillería destruida que debió ser buena, y tiradas en el suelo dos tallas yacentes. –góticas– cubiertas de polvo, carcomidas. Aún así se conservan bien (quizá sean de madera de tejo) y es lamentable el abandono en que se encuentran, porque tienen una estilización y una suavidad de líneas maravillosas. Esto es España. Abandono y ruina. Subimos al campanario y por fin descendemos afuera. Las chicas salen de la escuela, luego los niños. Queremos ver una casa del pueblo por dentro. Los maestros le piden permiso a una mujer que tiene su casa junto a la escuela, se llama Dominga, y entramos. La mujer –de esta edad incierta que se ve por aquí donde todo el mundo parece muy viejo– nos deja pasar muy amablemente y sin que nuestra visita le preocupe gran cosa. Le pregunto qué familia tiene. Tiene cuatro hijas y un hijo, que viven todos fuera del pueblo. Es viuda. Le asoman las lágrimas, se pasa la mano por los ojos, y sigue arreglando las cosas en el hogar. Este el origen del servicio doméstico, de esa institución nacional que se llaman las criadas. ¿Cómo podría esta mujer tener aquí a sus hijas? La casa es simplemente una habitación. Hay una puerta y un balcón, una chimenea, un banco,

una cama. Todo oscuro y triste. La cama cubierta con una manta marrón. Rodamos unos metros. Dominga se presta amablemente a hacer lo que le pedimos, y le hacemos una fotografía. Le digo que se la mandaremos para que la envíe a sus hijas y ella se alegra. Se me ocurre –no sé por qué– decirle que no viva sola, que llame a alguna hija a vivir con ella, y vuelve a llorar. (Dominga López Corral).

Fuera comento con los maestros la situación del pueblo. La gente aquí es muy pobre, la tierra da poco y ni siquiera pueden alimentarse como haría falta. Cogen un poco de centeno, y tienen unas pocas cabezas de ganado.

Nos vamos hacia Sotillo. Pero hay que comer y tenemos que volver a hacerlo en El Puente. Comemos mal, con mucho frío, sin gitanos pero con un granadino insoportable. Seguimos para Sotillo, y pasamos de largo por Barrio de Lomba.

Como San Román nos coge de camino, paramos allí. Es un pueblo muy pequeño, cuya iglesia tiene un cementerio diminuto. Se me ocurre entrar allí para rodar unos metros y nos colamos por las buenas. Esto es un grave error, porque la cosa parece muy mal a la gente del pueblo. Federico, el chofer, dándonosla de guía, pretende arreglar todo pero no consigue nada positivo. Dice que vamos a ver una cocina, y nos abren la puerta de un agujero oscuro y sin ventilación donde parece ser que se guisa y se duerme. Un hombre, hijo de la casa, que ha abierto la puerta, dice que sólo se emplea para guisar, pero Federico nos asegura que allí también duermen. Desde luego, había dentro un gran montón de paja. Dormir ahí debe ser algo infernal. Peor que las vacas.

En vista de nuestro fracaso diplomático seguimos para Sotillo. Aún hacemos una parada en el camino antes de llegar al pueblo para rodar unos metros de un pastor viejo, sentado, que nos mira con la mayor indiferencia. El pueblo, como indica su nombre, está rodeado de bastante arbolado. No se diferencia gran cosa del término medio de los otros pueblos que hemos visto. En general estos del valle son más prósperos que los de la montaña. No tiene luz. Hacemos unas fotos y unos metros de película del cementerio y la iglesia y salimos para Quintana sin apenas haber hablado con nadie.

A Quintana de Sanabria se va por un camino infame, y después hay que andar un rato atravesando unos prados para llegar al pueblo. Cuando vamos hacia allá pasamos algún miedo porque en el prado hay bastantes ovejas pastando y, también, unos imponentes perros pastores. El prado es suave y el ganado numeroso. Como un perro nos mira con mala cara y viene hacia nosotros, J.J. pregunta a gritos a las pastoras que lo llevan –dos chicas jóvenes– si el animal muerde. «*Creemos que no*», dice una con mucho desparpajo. «*¿Solo lo creen?*», contesta J.J. «*Creemos que no*», vuelve a decir la otra, y se ríe. Al final le dice al animal con muy buen humor, «*Anda, perrón, déjalos por esta vez*».

Entramos en Quintana. El pueblo está extendido y se divide en varios barrios. Hay, claro, mucho más arbolado que en los de la montaña. En la primera casa que encontramos hay una galería de madera donde un hombre remienda unos zapatos. Le saludamos y en seguida se entabla conversación. Se levanta, se apoya en la balaustrada y nos indica que le gritemos porque es algo sordo. J.J. le pregunta por unas ruinas que se ven allí cerca. Son de una ermita. Parece que se hundió una noche de tormenta, que el cura vendió lo que quedó de aquello, y el clero sale de esta historia muy mal parado. Era una iglesia de cofrades.

El hombre nos invita a subir y sentarnos en la galería. Es un tipo colorado, con pelo blanco. Dice que tiene 78 años. Era guarda forestal, y ahora está jubilado. Pero él

sigue trabajando, en relojería. Nos habla de su familia. Tiene hijos que viven por Madrid, San Sebastián y Salamanca, bien colocados. El de Salamanca es Secretario del Movimiento allí. Su casa, la de este hombre, es limpia y bien acondicionada. Dice que no es suya, sino arrendada, porque él había vivido siempre fuera del pueblo y solo volvió a Quintana cuando se retiró. «Desde luego –dice– al Cuerpo (el de los guardas forestales) le saqué poco». Siempre trabajó en otra cosa, en lo de los relojes. Y ahora, desde dentro de la casa, viene el sonido de unas cuantos relojes que van dando la hora con sus campanas, cada una de un tono distinto. Nos tenemos que ir. Él nos ofrece su casa amablemente, y seguimos hacia el pueblo.

De cuantos pueblos llevamos visitados Quintana parece el mejor. Las casas son mejores, hay menos fango, más ganado, más sensación de bienestar. Tampoco tiene luz. Tiene unos doscientos habitantes. La iglesia (hay dos) está junto a una casa donde hay un buzón de correo, y frente a una casa de albañilería, con tejado de teja y no de pizarra, con aire de ayuntamiento. Nos cruzamos con una mujer que nos saluda y enseguida entablamos conversación. Es una mujer de edad mediana, que de buenas a primeras nos dice que nosotros no trabajamos porque vamos bien vestidos y venimos de Madrid. Le decimos que se equivoca, pero ella insiste en que trabajar es ir al campo por la mañana temprano, cavar todo el día, agotarse de frío y de sudor. Y no puede ser que toda la gente del campo trabaje para que en Madrid se viva bien y sin hacer nada. Hace poco –nos dice– estuvo en el pueblo una relación suya de Madrid y le contó cosas terribles. Que todo el mundo se va con la mujer de otros, y otras cosas peores que ella no nombra. Ahí le damos la razón. Después de ver el campo y los pueblos, Madrid resulta un espectáculo escandaloso. Pero, le decimos, en Madrid hay gente que trabaja mucho, como la del campo, a la que también se explota. «Eso no puede ser,» dice ella. «¿Hasta cuándo va a durar eso?» J.J. le dice que eso no durará siempre, porque no puede ser, pero ella tiene su propia idea: «¿Qué me importa a mí que se arregle dentro de cincuenta o sesenta años –dice– si yo ya no lo veré?»

Esta mujer es soltera, vive sola, y trabaja sus propia tierra. Se llama Encarnación Tosa. Tienen un hermano en Madrid, «un pobrín», cuya dirección nos da cuando le indicamos que si quiere iremos a verlo. Pero desconfía. Desconfía de todo. Teme que no vayamos a acordarnos más del encargo, y cada vez que le insistimos en nuestra buena fe, encuentra una respuesta ingeniosa, con un nuevo escape a la desconfianza. Es viva de palabra y de gesto, nos da un puñado de manzanas y nueces, que le aceptamos agradecidos, aunque ella repite una y otra vez que allí eso se le da a cualquiera.

Me llama la atención ver que entre la casa grande y la iglesia cruza una antena de radio que va desde el tejado de la primera a lo alto de la cruz que remata el campanario del templo. Le pregunto qué es aquello, ya que en el pueblo no hay electricidad. De repente se pone nerviosa. Dice que para un aparato de esos de música. Comprendemos que es una radio de pilas. ¿De quién es aquello, qué casa es esa? Se pone cada vez más nerviosa y atemorizada. Se pone la mano delante de la boca y en voz baja, disimulando, dice que es «la casa de los treinta» ¿Pero qué es aquella casa, quiénes son «los treinta»? le volvemos a preguntar. ¿El ayuntamiento quizá? No. Ella está atemorizada. J.J. le dice «¿Son unos caciques?» Creo que ella no sabe qué quiere decir «caciques», porque tampoco contesta. En voz baja, tapándose la boca, nos explica unas cosas embarulladas e incoherentes. Deducimos que «los treinta» deben ser, efectivamente, unos caciques. La mujer continua diciendo cosas «A mí han venido a pegarme

a mi casa», dice. Nos mosqueamos. «¿Es que aquí no hay alcalde, no hay cura, no hay maestro?», le digo. Pero ella nos hace callar con un gesto. «La madre está ahora aquí», dice. Al fin nos despedimos de ella. Es un caso extraordinario el de esta mujer. Quizá, con Celestino Escudero, la única persona de cuantas hemos conocido hasta hoy que tiene conciencia de su condición. Pero Encarnación de un modo mucho más activo y decidido que Celestino, porque ella es pobre y sufre todos los días vejaciones.

Vamos saliendo de Quintana. Se hace tarde para el otro barrio del pueblo. Calle abajo hay una chica joven partiendo leña de ramas de árbol. Tiene un hacha y un tajo. Es rubia, de piel blanca, de ojos muy azules y una expresión sonriente y animada. Resulta ser la joven que ha detenido al perro en el prado, y, como Encarnación, tiene sentido del humor inteligente, agudo y mordaz. Viene a decirnos lo mismo que la otra: que como somos de Madrid venimos a reírnos de ellos y a malgastar dinero haciendo fotos. Desde el balcón que hay arriba la vigila su madre, una mujer alta, de negro, con unos ojos enormes y profundos, una nariz aguileña y una expresión serena, casi majestuosa. La chica gasta bromas, habla excelencias de Madrid, donde estuvo tres meses. «Pero se me quedó grabado para toda la vida», dice. «De Madrid al cielo». Le alabamos Quintana, su pueblo. «A mí esto me da rencor», dice muy fresca. La madre interviene. «Ganas de divertirse y pocos vicios», sentencia. «¿Aquí hay baile?», le pregunto. «Ya lo creo. Un gran salón y una orquesta de ocho». «¿Y cine?» «El cine le hacemos nosotros con los muchachos que nos acompañan».

Federico nos espera a mitad de camino. Tiene ya en marcha el auto, que con este frío se atranca y se para en cuanto se queda quieto. Le preguntamos por «los treinta». Él también vacila al contestar, pero disimula y explica que son una familia de usureros que presta con el treinta por ciento de interés. «¿Anual, mensual o diario?», le pregunto yo. Nominal. Juegan con el analfabetismo de la gente para dar mil obligando a firmar un recibo diez veces mayor. Alcaldes, jueces y curas sobornados les han permitido hacer su negocio y hoy día «los treinta» son ricos y tienen sucursales en todos los pueblos del valle.

Sábado 18

Empezamos la mañana pasando a Ribadelago, que solamente vimos a medias hace unos días. Vamos en primer lugar a la escuela de niños, por la que los capitostes de Hidroeléctrica de Moncabril tienen especial interés. Uno no se explica este interés, porque la escuela es un barracón rectangular con dos ventanas, frío, triste y bastante abandonado. El maestro es un hombre de unos cuarenta años, bastante zafio, que parece harto de estar en este pueblo, y a quien la escuela debe de importarle muy poco. En la escuela hay unos cuarenta niños que arrojan por su aspecto el índice más bajo de cuantos hemos visto en la región. Se acusa aquí el terrible atraso en que ha vivido Ribadelago, y los estragos de la consanguinidad se traducen en una colección de pobres rostros anormales, bobalicones, tristes y amarillentos. Los niños van también vestidos de un modo miserable, más pobremente aún que en otros pueblos. En Ribadelago hay una costumbre, o degeneración, verdaderamente terrible. Los matrimonios se celebran solamente entre gente del pueblo, y como son casi todos parientes, la mayor parte de los habitantes son tarados o anormales. Las bodas entre primeros son corrientísimas, e incluso existen tres o cuatro casos de matrimonio entre hermanos.

El maestro nos explica que, a no ser por la vecindad de las obras (el mismo vive en una residencia de la empresa), allí no se podría aguantar. El índice de inteligencia de los niños es muy bajo. Cuando él llegó al pueblo (hace siete u ocho años) apenas había tres o cuatro que supieran leer. Aún ahora es difícil bregar con ellos, y además la escuela está completamente desabastecida de material adecuado. Nos explica que a las 12 dan a los niños un vaso de leche de «ayuda americana». Se trata de un barril de leche en polvo regalado por nuestros padrinos *yankis*, de la que dan a los niños todos los días al final de la jornada matutina. Nos invita a ver el barril. Esto resulta bastante triste, y más aún ver que el maestro no tiene la menor idea de lo que es esa «ayuda americana» a la que él llama «concordato» y que cree limitada al envío de barriles de leche en polvo. Le preguntamos por otra ayuda, la de Hidroeléctrica de Moncabril, y dice que la empresa ayuda, en efecto, pero solo a la escuela de niños porque esperan que un día serán obreros al servicio de la compañía. Hacemos unas fotos, le preguntamos por el emplazamiento de la escuela de niñas, y nos vamos de allí.

Nuestro ínclito Federico, que ha resultado camisa vieja, nos lleva a la otra escuela en el coche. Tiene que parar delante de Casa Fidel (a quienes hemos visto montado a caballo cuando íbamos hacia allí. Debe ser el único caballo de Ribadelago). Fidel es el terrible Casanova local. Este usurero se quedó durante la guerra con todas las fincas del pueblo, se acostó con todas las mujeres jóvenes del pueblo, y sigue hoy día siendo el verdadero amo de Ribadelago. Se ha permitido –según nos cuentan testigos presenciales– llamar capados a todos los hombres de Ribadelago en colectividad, y le ha sido consentido. Todo esto confirma la evidente degeneración en que vive este pueblo fangoso, miserable, triste, situado a orillas de un accidente turístico.

La escuela de niñas es totalmente distinta de la masculina. El local es viejo e infame, pero está blanqueado y limpio. Hay muchas niñas, unas sesenta, en general bastante aseadas. La maestra es una chica joven, muy joven, que se llama Carmina, de un pueblo de la provincia de Zamora. Esta chica es muy mona, tiene un cuerpo delgado y bonito, morena, chata, con ojos negros, grandes y redondos, un cuello largo y delgado que hace resaltar la gracia de su cabeza. Habla de un modo muy agradable, casi musical, y sonríe muy fácilmente. Está con nosotros muy amable y nos ayuda a hacer fotografías y rodar unos metros de película. También allí dan a los niños leche de «ayuda americana», y nos ofrece amablemente la ocasión de improvisar la escena.

Ella sale un momento y nos deja solos en la escuela. Las niñas nos miran con curiosidad. Hay una muy sucia, pero muy graciosa, que se llama Dulcinea. La maestra dice que debería llamarse Aldonza Lorenza. Hojeo el libro que estudian las niñas –Enciclopedia Álvarez, 2º grado– escrito por un maestro de Zamora y en el que dicen algunas soberanas tontadas. Mientras tanto, el reparto de leche va a tener lugar. Salimos afuera y J.J. rueda. El espectáculo resulta sumamente triste. Charlamos luego un rato con la maestra. Se lamenta también de la falta de material. J.J. le hace unas fotos. Esta chica se parece horrores a María Pía Casilio, la actriz italiana.

Salimos a ver el pueblo. Apenas hemos empezado a andar, tenemos un encuentro patético. Sentados junto a una roca (todo Ribadelago está edificado sobre grandes piedras) hay dos hombres que tienen junto a ellos –los dos– unas muletas. J.J. los saluda y rápidamente se inicia una conversación. Se ponen de pie, a pesar de nuestra insistencia para que sigan sentados. Inútil. La cortesía no se lo permite. Resulta que estos dos hombres son hermanos. Trabajaban los dos, cuando estaban sanos, en

la Renfe. El que parece mayor, que va vestido muy andrajoso, como picapedrero. El más joven, como estibador, un trabajo especializado. Hace unos años, por fechas parecidas, fue cada uno atacado de una enfermedad distinta, pero de similar resultado: artritis, parálisis o lo que sea. El más viejo obtuvo el retiro, pidió la pensión de invalidez y se le concedió. Como su jornal era de 12,60 ptas. diarias debería cobrar 210 ptas. mensuales. Le pagan 110. Como fue declarado inválido en 1949 debería cobrar desde entonces. Cobra desde enero de este año. Me pide que intente buscarle una recomendación en Madrid, y le prometo hacerlo. La historia del otro (se llaman Máximo y Casimiro San Román Fernández) tiene un principio similar. Su enfermedad, que lo inutiliza para el trabajo, es un desplazamiento de cadera. Los especialistas del Seguro de Enfermedad le han dicho que puede quedar, si no curado, apto para el trabajo, aunque con cojera, pero parece ser que por falta de medios materiales en el dispensario de Zamora donde habían de operarle la cosa lleva mucho tiempo demorándose. Este hombre, como su hermano, pagaba el Seguro desde la fecha de su implantación. Y lo malo no es solo eso, sino que cada vez que ha solicitado la pensión de invalidez le ha sido denegada alegando que él no es un verdadero inválido, puesto que en cuanto se le opere sanará. Sobre todo esto, se queda uno con el terrible presentimiento de que la enfermedad de estos dos hermanos pueda deberse a alguna tara herencia de las mezclas y cruces familiares tan frecuentes en Ribadelago.



Escuela masculina de Ribadelago.

Casimiro es viudo, tiene dos hijastros que trabajan en las obras. Tuvo dos hijos, que murieron. Cuida y mantiene un sobrino pequeño –hijo natural de una hermana suya–, un niño rubio muy gracioso. Los dos hermanos agradecen mucho la atención y el interés que les prestamos. Casimiro nos ha dicho después de contar su historia «¡Es la vidita, amigo!» Llevan su situación con bastante resignación, y salen juntos a hablar sentados y tomando el sol. Iniciamos la marcha pero Casimiro –que anda mejor que su hermano– insiste en acompañarnos un poco. J.J. aparta prudentemente al dichoso Federico, que está hecho un pelmazo, lo que me sirve para hacerle alguna nueva pregunta. Sobre la situación del pueblo, y lo que aquí pasó durante la guerra. En general, por aquí no quiere casi nadie hablar de esto. Tienen miedo porque ser aquí señalado de político puede bastar para ir a parar a la cárcel o a manos de la Guardia Civil. Pero lo poco que me dice es suficiente. Militares y falangistas hicieron en Ribadelago –este pueblo de pobres y anormales– lo que quisieron: fechorías a mansalva, encarcelando y matando a placer. «En España se cree que los obreros son todos criminales», le digo yo. Y asiente enseguida. El caso es que Casimiro, que fue estudiante de cura, estuvo detenido y encarcelado varias veces, por denuncias y envidias de las que él no quiere explicar demasiado.

Aún le hago una pregunta a la que nadie ha sabido responderme aún. El lago vecino, ¿tiene alguna finalidad práctica para los habitantes de estos pueblos? Me dice que ninguna. Él, por ejemplo, es muy aficionado a pescar truchas, pero esto es un mero sport. Al contrario, la vecindad del lago, que en primavera sube de nivel, hace

peligrar a menudo los escasos cultivos del pueblo: patatas, judías, centeno y lino. Le anuncio que Iberduero ha conseguido finalmente la concesión para construir allí una presa, que esto elevará dos metros el nivel de las aguas.

Seguimos callejeando un poco. Las calles siguen aquí tan enfangadas como la primera vez que estuvimos. Al doblar una esquina vemos una pequeña casa de piedras de la que todo un lateral se ha derrumbado. J.J. saca la cámara y en ese momento llega una mujer de edad mediana, que nos dice sin ningún enfado que no retratemos una casa destruida. «¿Es suya?», le pregunta J.J. Sí, es de ella. «¿Qué pasa, se ha caído?», le pregunto yo. «Sí, se cayó», dice la mujer. «Arrégla», «No tengo posibles», dice la mujer. Y lo repite varias veces.

Caminamos un poco más. Hacemos alguna nueva foto. De niños, de viejas, de un tenderete de venta de tejidos, de unas casas sin chimenea por cuyas ventanas sale humo de la lumbre. Son estas seguramente las peores casas de toda la región. Suelen tener dos plantas; la de abajo, la mejor, para las vacas o las ovejas, y arriba, en una sola habitación-cocina, duermen todos. Para que las vacas respiren bien, hay aberturas en los tabloneros que separan ambos pisos, de modo que los durmientes aguantan los mugidos, los malos olores y todo el calor de los animales.

Salimos por fin hacia Puebla para comer en el Parador de Turismo. El día ha sido hasta ahora espléndido, pero a mitad de camino nos metemos en una zona de niebla y ya no volveremos a ver el sol por hoy. Comemos, y cuando el coche viene a buscartos salimos hacia Calabor. Hay una pequeña parada en Puebla, y tomamos por fin una carretera muy mala que corre entre un paisaje de chopos que ahora, en invierno, con las ramas desnudas y esta niebla gris, resulta maravilloso. En esta ruta está Lobeznos, otro pueblo más o menos parecido a otros de los que llevamos vistos. Nos apeamos. Vemos unas casas y sin buscarla siquiera nos encontramos enseguida la escuela. Las escuelas están resultando un estupendo filón, de modo que nos metemos en ella sin pensarlo más. Se entra atravesando un corral lleno de gallinas blancas. El local es muy pequeño, como un cuarto de cualquier casa de Madrid. Esta escuela es mixta. Hay niños y niñas de diferentes edades. La escuela está a cargo de una maestra pero no la vemos más que un instante porque esta buena señora tiene un hijo que es quien da las clases. Pero claro, el hijo no es maestro. Hacemos fotos, hablamos unas generalidades, y los niños salen porque es ya su hora de salida (son las 4). El hijo de la maestra es bastante bobo, pero va a resultarnos muy útil porque nos habla de una niña-prodigio que tiene en la escuela, a la que llama después de que ha salido para que la contemplemos despacio. La niña, Inés, no es, por fortuna para ella, una niña prodigio. No tiene aún cumplidos los cinco años, tiene una cara avispada y guapa, unos grandes ojos azules con una expresión nada vulgar. Es una niña muy seriecita, pero infantil a más no poder. El maestro le hace leer para nosotros, y la chica lo hace muy bien. Yo le pregunto unas cuantas tontorías, a las cuales la pequeña contesta a medias porque está avergonzada. Parece que su madre —ella es hija natural— vive en Barcelona donde se dedica a la prostitución. Ofrezco a la niña hacerle una foto para que la envíe a su madre, pero ella no quiere. Insistimos, y aunque se resiste, acabamos por hacerle una. Por fin la dejamos ir. Cuando llega a la puerta se vuelve hacia nosotros, nos dice «*Vayan ustedes con Dios*» y se santigua. (Todos los niños de la escuela habían hecho antes lo mismo al salir).

El maestro (falso) nos dice alguna cosa más sobre la madre de Inés cuando la pequeña ha salido. Nada de particular ni de nuevo. La pequeña vive con sus abuelos. Este es, simplemente, otro producto de la vida miserable que lleva la gente en estos pueblos: las putas. Lo que deja una impresión triste de esta pequeña es que parece como si ella, que es muy inteligente, se diera cuenta de que su historia familiar es poco clara, y quizá por eso sea una niña seria, hermética y empollona.

Un detalle final ha sido descubrir el motivo porque no quería dejar hacerse la fotografía. Parece ser que hace poco estuvo en el pueblo un fotógrafo que hizo fotos a los niños de la escuela, fotos que luego envió al pueblo mediante pago, naturalmente. A Inés, dos fotografías, que envió a su madre, le costaron ocho pesetas. Y sin duda pensaba que nosotros también se las íbamos a cobrar.

De Lobeznos, siempre con niebla, seguimos hacia Pedralba de Pradería. Es un pueblo lleno de magníficos encuadres, donde la gente tiende calcetines en las puntas de las cruces, sobre el que pasa el ferrocarril y que tampoco tiene luz. Se les ha ofrecido la instalación, el pueblo aceptó, y no han vuelto a saber nada hasta ahora. Allí hacemos diez o doce fotografías, cruzamos unas palabras con un hombre que estaba a la puerta de su corral y que nos explica cómo fueron (que no fueron) allí las elecciones municipales, y seguimos hacia Calabor. Hemos oído a una mujer decir «¡Velay!»

El ínclito Federico nos ha traído un amigo para que nos acompañe en el viaje. Es un joven alto que a sus 25 años ha tenido ya tiempo de casarse, tener dos hijos, separarse de la mujer, ser minero, accidentarse y que lo declarasen inválido. Así que con sus 600 ptas. de pensión y sin poder hacer nada a causa de una conmoción cerebral, el pobre debe aburrirse mucho después de tanta actividad.

La niebla va cayendo cada vez más deprisa. El camino hacia Calabor está lleno de curvas porque se asciende un puerto. Antes de llegar al pueblo hay una mina de zinc que dirige un alemán, llamado Franz, amigo de Federico y que vende cosas de contrabando, como por ejemplo la cámara que llevamos ahora para prueba y que J.J. no piensa quedarse. Federico entra un momento en casa del alemán pero éste no está ahora allí. Llegamos a Calabor muy tarde y con mucha niebla. La maestra, una chica joven, amiga de la de Ribadelago, a quien ésta nos pidió que sacáramos del pueblo en nuestro coche, porque allí nunca se sabe cuándo va a pasar un coche y tenía que marcharse a su casa a pasar las Navidades, acaba de irse en un camión. Recorremos el pueblo, donde empieza a hacer un frío espantoso. Aquí hay unas vacas de pelo rojizo, con una expresión criminal, que ahora vuelven a encerrarse en los establos y que nos inspiran mucho respeto. Es un pueblo con rincones muy bonitos, pero miserable, triste, de un color rojizo, como las vacas. Tampoco aquí hay luz. Este pueblo está a un Km de Portugal. Una mujer nos dice que es difícilísimo pasar al otro lado porque hay mucha vigilancia, y que en realidad tampoco les interesa meterse en Portugal. El ganado de los portugueses, dice, está mucho más gordo y cuidado. El de ellos es malo. Y en efecto, no tiene aspecto de mucha prosperidad.

Es casi de noche, y sigue cayendo niebla. Hay que salir de allí. El regreso ha sido verdaderamente épico. Ha cerrado la noche y no se veía a más de un palmo por esta carretera peligrosa. Nuestro heroico camisa vieja se ha visto y se ha deseado para llegar a Puebla. Allí J.J. y yo hemos tenido un rasgo humanitario y le hemos dicho que no nos llevase a Ribadelago, sino que para evitarle un viaje difícil, esperaríamos al coche correo, que (eran las 7) suele salir para allá a las nueve y media.

LA CARTA

Titulé al frustrado documental Carta de Sanabria porque aquella era una región de ausencias, y las cartas, cuando las había, eran el único nexo de unión entre los que quedaban y los que se habían ausentado. El guión se iniciaba con el voz en off de alguien que escribía una carta a un ser lejano.

En la escuela de Lobeznos conocí a una niña, Inés, a la que hago referencia en la última jornada del Diario. Tenía una carta de su madre, escrita desde Barcelona; se la pedí, y me la dejó amablemente. Olvidé devolvérsela, y aún la guardo. Dice así:

Sta. Ines Rodriguez.

Querida hija: Recibi tu carta y por ella veo que estas bien de cuanto me alegro. Tu hermanito y yo bien G. a D.

Inesita veo que se te ba olvidando de escribir ¿estudias poco? tienes que estudiar mucho, si no no podras venir a Barcelona nunca.

Me dices que no puedes llevar pendientes, pues; encuanto cobre yo este mes veras si los llevaras, te mandare unos de oro para que no se te infecten las orejitas

Bueno guapa en otra haber si puedo mandaros la foto del niño que aun no se la han hecho, y ahora quedara feo porque le salio una pupita y le cortaron el pelo al cero

Bueno Inesita besos a tu abuelita y a todos y de tu mamá un fuerte abrazo
Carmen

Como no tenía mas papel he cojido esta minuta francesa

El reverso de la carta es la minuta, en francés, del Hotel Habana de Barcelona. Su fecha, 17 de agosto de 1955. Por esa cara una mano infantil había garabateado algunas letras, una vasija con flores, y algo que podría ser un televisor.

NOTA: Las fotografías que ilustran este artículo y el anterior fueron realizadas por Juan Julio Baena en el viaje realizado en diciembre de 1954.

ABSTRACT. The shooting of *Carta de Sanabria* did not give birth to what the filmmaker expected. Most of the filmed material got accidentally damaged, and together with it, what would have been a one-and-only case in Spanish documentary production of the 1950s. Though finally the financing company received an industrial movie, edited with the scarce material that could be saved, this film had nothing to do with the original project. ■